



*Col·legi*  
*Abat Oliba*  
*Loreto*

Materia: Lengua Castellana

Curso: 1º Bachillerato

Actividades de recuperación de verano

**Curso 2022/23**

El presente dossier de actividades de recuperación de verano debe presentarse el día de la realización del examen de la convocatoria extraordinaria.

**Es imprescindible la realización y presentación del dossier para hacer el examen.**

*El examen de recuperación incluirá el mismo tipo de ejercicios de comentario de texto y análisis gramatical, además de una tabla y las preguntas sobre literatura.*

---

### **Primera parte**

Elabora un dossier (a mano) con los apuntes de *La Fundación* y del *Lazarillo*

- Estructura de la obra (división en escenas / tratados y resumen de cada parte)
- Personajes (breve caracterización de los personajes principales)
- Temas principales de cada obra
- Intención del autor en cada caso

### **Segunda parte**

Lee atentamente los siguientes textos y realiza el siguiente trabajo *en cada uno*:

1. Subraya la idea principal y a partir de ella resume el contenido del texto con tus palabras.
2. Localiza y subraya en cada texto una oración simple, una oración subordinada sustantiva, una oración subordinada adjetiva y una oración subordinada adverbial. Indica su función sintáctica.
3. Subraya en el texto, como mínimo, dos sinónimos y/o dos antónimos.
4. Escribe un breve comentario (40-50 palabras) a modo de conclusión y valoración final (puedes compararlo con otros textos, con tu propia experiencia personal...)

[NOTA: Aunque sea el más largo, no dejes de leer el texto 6, te gustará...o quizá no...]

## Texto 1

### San Agustín, *Confesiones*

*Capítulo IV - Refiere la enfermedad y bautismo de un amigo suyo a quien él había pervertido, cuya muerte sintió y lloró amargamente*

En aquellos años, [...] había adquirido un amigo, que porque estudiamos juntos, por ser de mi edad y estar ambos en la flor y lozanía de la juventud, llegó a serme muy amado.

[...] Era para mí aquella amistad dulcísima y sazónada con el fervor de nuestros iguales cuidados y estudios. Porque también le había yo desviado, aunque no entera y radicalmente, de la verdadera fe que siendo joven seguía, y le había inclinado a aquellas falsedades supersticiosas y perjudiciales que hicieron a mi madre llorar tanto por mí. De modo que aun en el error que seguíamos interiormente éramos iguales y no podía mi alma hacer nada sin él. Pero he aquí que Vos, [...] convirtiéndonos por caminos y modos admirables, sacasteis de esta vida a aquel mancebo, cuando apenas se había cumplido un año de nuestra amistad, que me era más deliciosa que todas las delicias que en aquel tiempo gozaba.

[...] ¿Qué es lo que entonces ejecutasteis, Dios mío? ¡Oh, cuán insondable es la profundidad de vuestros juicios! Porque estando aquel amigo mío enfermo de calenturas, le dio una vez un síncope, que le duró mucho tiempo, juntamente con un sudor mortal, y viéndosele ya sin esperanzas de vida, se le dio el Bautismo sin que él lo supiese [...].

En cuanto pude hablarle [...], intenté burlarme del Bautismo que le habían dado, cuando se hallaba muy lejos de tener conocimiento ni sentido: creyendo yo que él también se burlaría conmigo de aquel hecho [...]. Mas luego que oyó mi burla, me mostró tanto horror como si fuera yo su mayor enemigo, y me amonestó con una admirable y repentina libertad, que si quería ser amigo suyo, no volviese a hablar de aquello por aquel estilo. Yo entonces, espantado todo y turbado, reprimí mi respuesta [...]. Pero pocos días después, estando yo ausente, le acometieron otra vez las calenturas y murió; mejor dicho, fue como arrebatado de entre las manos de mi locura, para estar bien guardado junto a Vos para mi consuelo.

Sentí tanto su pérdida, que se llenó mi corazón de tinieblas, y en todo cuanto miraba, no veía otra cosa sino la muerte. Mi patria me servía de suplicio y la casa de mis padres me parecía la morada más infeliz e insufrible; todo cuanto había contado y comunicado con él, se me volvía en crudelísimo tormento, viéndome sin mi amigo. Por todas partes le buscaban mis ojos, y en ninguna le veían. Aborrecía todas las cosas, porque en ninguna de ellas le encontraba, [...] Estaba yo trocado en un confuso enigma sin entenderme a mí mismo y preguntaba a mi alma por qué estaba tan triste y por qué me afligía tanto; y no tenía qué responderme. Y si le decía: *Espera en Dios*, con razón me desobedecía, porque más verdadero ser tenía, y mucho mejor era aquel amadísimo hombre que había perdido, que aquel fantasma que yo entonces creía Dios [...]. Sólo el llanto me era más dulce y gustoso, y el sucesor de mi amigo en causar las delicias de mi alma.

### *Capítulo VI - Por qué los afligidos e infelices tienen gusto en llorar*

[...] Este es, Señor, mi corazón. Mira hacia adentro y ve en él mis recuerdos. [...] Yo estaba en asombro de que los demás hombres vivieran cuando había muerto aquel a quien yo había amado como si nunca hubiera de morir y, más aún, me asombraba de que muerto él siguiera viviendo yo, que era otro él. Bien dijo alguno cuando llamó a su amigo "la mitad de mi alma". Vivamente sentía yo que su alma y la mía eran una sola en dos cuerpos; por eso me horrorizaba la vida, pues vivía por mitad y, quizá por eso mismo, me horrorizaba la muerte, pues me negaba a que muriera del todo aquel a quien tanto había querido.

Agustín de Hipona, *Confesiones*, Libro IV (397-398 d.C.)

## Texto 2

### Inger Enkvist, "Sobre la educación"

Hay un dicho entre varios pueblos africanos que reza así: «Se necesita a toda una aldea para educar a un niño». Esta frase expresa de manera plástica que educación significa la inserción social y que sólo si el grupo humano es consistente, el niño va a quedar convencido de que «eso es lo que hay que hacer». El niño puede adoptar una conducta determinada sólo porque lo dice su mamá o su maestro, pero si lo que ellos le aconsejan coincide con lo que dicen los demás adultos, el aprendizaje será más profundo y lo asimilará mejor. El ejemplo africano ilustra que la educación es a la vez directa e indirecta. Consiste en lo que se dice explícitamente y lo que se enseña implícitamente. Si los dos tipos de enseñanza transmiten el mismo mensaje al joven, la educación será más fácil y más completa. La enseñanza indirecta, la que el niño «absorbe» por vivir en comunidad, es la más fuerte de las dos. Como para todos los seres biológicos, la imitación es un modelo de aprendizaje muy importante, aunque hoy en día no se le conceda tanta trascendencia. Su eficacia está relacionada con el deseo de pertenencia, de admiración, de aceptación, todos ellos motivos de actuación de enorme fuerza.

El niño necesita adquirir costumbres positivas para él y su entorno y no disfrutará de una vida feliz y productiva si no aprende a comportarse de una manera aceptable para la sociedad. Esta necesita para sobrevivir que sus miembros sean respetuosos y colaboren con ella. Si, en cambio, proliferan personas desaprensivas, de malas costumbres o que simplemente buscan sólo su propio beneficio, su conducta se convierte en una amenaza para la vida comunitaria.

Creer es convertirse paso a paso en adulto, y para ser reconocido como adulto, el niño tiene que aprender a comportarse como adulto. Precisamente por ser algo indirecto, es tan preocupante que algunos jóvenes estén rodeados de modelos negativos. En otras épocas, ahora denostadas, se hablaba de «malas influencias» o de «compañías indeseables». Hoy los modelos no deseables se encuentran en casa, en la televisión e internet, instalados por los padres como si constituyeran el centro del hogar, si no en la habitación del niño, y se encuentran también en los colegios con el beneplácito de los políticos, que suelen refugiarse en la ilusión de que la presencia electrónica impida la deserción de jóvenes violentos, que ven como exclusión.

Inger Enkvist, *Repensar la educación* (2006)

### **Texto 3**

#### **Aristóteles, "Sobre la amistad"**

##### *Sobre la naturaleza de la amistad*

Después de esto podríamos continuar tratando de la amistad: es, en efecto, una virtud, o va acompañada de virtud, y, además, es lo más necesario para la vida. Sin amigos nadie querría vivir, aun cuando poseyera todos los demás bienes, ya que en la pobreza y en los demás infortunios se considera a los amigos como el único refugio. Los jóvenes los necesitan para evitar el error; los viejos para su asistencia y como una ayuda. [...]

##### *Tres tipos de amistad*

Son tres las especies de amistad, y en cada una de ellas se da reciprocidad.

Los que se quieren por interés no se quieren por sí mismos, sino en la medida en que se benefician algo los unos de los otros.

Igualmente los que se quieren por placer: las personas frívolas no tienen afecto a otros porque sean de una índole determinada, sino porque les resultan agradables. Por tanto, en los que se quieren por interés, el cariño obedece al propio bien de ellos; y en los que se quieren por el placer, a su propio gusto, y no por el modo de ser del amigo, sino porque les es agradable.

En estas amistades no se quiere al amigo por ser quien es, sino porque procura en un caso utilidad y en otro, placer. Tales amistades son, por eso, fáciles de disolver, ya que cuando ya no son útiles o agradables el uno para el otro, dejan de quererse.

Pero la amistad perfecta es la de los hombres buenos e iguales en virtud; porque éstos quieren el bien de los amigos por ellos mismos. Por eso, éstos son los mejores amigos, puesto que es por su propia índole por lo que tienen sentimientos mutuos de amistad, y no por accidente; de modo que, pase lo que pase, la amistad permanece. Ahora bien, dado que los humanos nos movemos grandemente por interés, por utilidad o por placer, este último tipo de amistad es muy rara, ya que los hombres que se comportan así son muy pocos.

##### *Condiciones de la amistad*

El espacio no impide la amistad sin más, sino su ejercicio. Pero si la ausencia se prolonga también la amistad parece caer en el olvido, pues nada hay tan propio de los amigos como la convivencia.

Por otro lado, no es posible ser amigo de muchos con amistad perfecta, como tampoco estar enamorado de muchos a la vez (este sentimiento parece, en efecto, un exceso, y en tales condiciones es natural que tenga por objeto a una sola persona): que muchos agraden a la vez extraordinariamente a uno, no es fácil. Pero además es preciso adquirir experiencia y llegar a una intimidad.

##### *La amistad consiste más en amar que en ser amado*

La amistad parece consistir más bien en amar que en ser amado, como lo prueba el gozo que produce en las madres el amor que dan. Parece serles suficiente ver felices a sus hijos, a quienes siguen amando, aunque éstos nada les tributen de lo que es debido a una madre.

Entonces, puesto que la amistad consiste sobre todo en amar, la virtud de los amigos consiste en el amar, por lo que aquellos en quienes este sentimiento se produce en proporción al mérito son amigos duraderos, y su amistad también.

Aristóteles, *Ética a Nicómaco* (s. IV a.C.)

#### Texto 4

#### Franz Kafka, "Carta a Max Brod"

A Max Brod

17 de diciembre de 1910

En cierta ocasión tenía pensada una novela en la cual se habían de enfrentar dos hermanos, uno de los cuales emigraría a América, mientras el otro permanecía en una cárcel europea. Solo comencé alguna que otra frase desperdigada, pues en seguida me sentí fatigado.

Así, un domingo por la tarde, cuando nos encontrábamos de visita en casa de los abuelos y después de haberme comido un pan especialmente blando y untado con mantequilla que nos acostumbraban a ofrecer allí, también escribí algo sobre mi cárcel. Es bien posible que lo hiciese ante todo por presunción y que, moviendo la hoja de papel sobre la mesa, dando golpecitos con el lápiz, mirando a quienes me rodeaban, quisiese provocar que alguien me quitara lo escrito, lo contemplara y me alabara.

En aquellas pocas líneas se describía primordialmente el corredor de la cárcel, ante todo el silencio y el frío que reinaban en ese lugar. También se decía alguna palabra compasiva sobre el hermano que quedaba atrás, por tratarse del hermano. Quizás tuviera un momentáneo sentimiento de la futilidad de mi narración, solo que antes de aquella tarde nunca me había fijado mucho en tales sentimientos cuando me encontraba sentado junto a los parientes, a los que estaba acostumbrado (mi temor era tan grande, que la costumbre ya me hacía medio feliz), en torno a la mesa en la habitación conocida, sin poder olvidar que yo era joven y elegido para grandes cosas.

Un tío mío, a quien le gustaba reírse de los demás, me quitó por fin la hoja de papel que yo apenas sostenía, la contempló de pasada, me la devolvió, incluso sin reír, y a los demás, que habían estado observando sus movimientos, les dijo "lo de siempre", pero a mí no me dijo nada. Me quedé sentado y seguí inclinándome como antes sobre el ahora inservible papel, pero había quedado expulsado de un solo golpe de la sociedad. La sentencia del tío se fue repitiendo en mí con un significado ya casi real, e incluso dentro del sentimiento familiar llegué a tener una visión del frío espacio de nuestro mundo, al que yo habría de dar calor con un fuego que todavía tenía que buscar.

Franz Kafka

## Texto 5

### Antoine de Saint-Exupery, *El principito*, cap. XXV

El pozo que habíamos encontrado no se parecía en nada a los pozos saharianos. Estos pozos son simples agujeros que se abren en la arena. El que teníamos ante nosotros parecía el pozo de un pueblo; pero por allí no había ningún pueblo y me parecía estar soñando.

-¡Es extraño! -le dije al principito-. Todo está a punto: la roldana, el balde y la cuerda...

Se rio y tocó la cuerda; hizo mover la roldana. Y la roldana gimió como una vieja veleta cuando el viento ha dormido mucho.

-¿Oyes? -dijo el principito-. Hemos despertado al pozo y canta.

No quería que el principito hiciera el menor esfuerzo y le dije:

-Déjame a mí, es demasiado pesado para ti.

Lentamente subí el cubo hasta el brocal donde lo dejé bien seguro. En mis oídos sonaba aún el canto de la roldana y veía temblar al sol en el agua agitada.

-Tengo sed de esta agua -dijo el principito-, dame de beber...

¡Comprendí entonces lo que él había buscado!

Levanté el balde hasta sus labios y el principito bebió con los ojos cerrados. Todo era bello como una fiesta. Aquella agua era algo más que un alimento. Había nacido del caminar bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos. Era como un regalo para el corazón. Cuando yo era niño, las luces del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la dulzura de las sonrisas, daban su resplandor a mi regalo de Navidad.

-Los hombres de tu tierra -dijo el principito- cultivan cinco mil rosas en un jardín y no encuentran lo que buscan.

-No lo encuentran nunca -le respondí. -Y sin embargo, lo que buscan podrían encontrarlo en una sola rosa o en un poco de agua...

-Sin duda, respondí. Y el principito añadió:

-Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón.

Antoine de Saint-Exupery, *El principito* (1943)

## Texto 6

### Ray Bradbury, "El emisario" (1955)

Supo que había llegado de nuevo el otoño, porque Perro entró retozando en la casa, trayendo con él un refrescante olor a otoño. En cada uno de sus perrunos rizos negros llevaba una muestra del otoño: tierra húmeda, con la humedad peculiar de aquella estación, y hojas secas, color de oro pajizo. El perro olía exactamente igual que el otoño.

Martin Christie se incorporó en la cama y alargó una mano pálida y pequeña. Perro ladró y exhibió una generosa longitud de lengua, la cual pasó una y otra vez por el dorso de la mano de Martin. Perro la lamía como si fuera una golosina. "A causa de la sal", declaró Martin, mientras Perro se encaramaba a la cama de un salto.

- Baja -le advirtió Martin-. A mamá no le gusta que te subas a la cama. -Perro aplastó sus orejas-. Bueno...-condescendió Martin-. Pero sólo un momento, ¿eh?

Perro calentó el delgado cuerpo de Martin con su calor perruno. Martin aspiró intensamente el olor que se desprendía del perro, un olor a tierra húmeda y a hojas secas. No le importaba que mamá gruñera. Después de todo, Perro era un recién nacido. Recién salido de las entrañas del otoño.

- ¿Qué has visto por ahí, Perro? Cuéntamelo.

Tendido allí, Perro se lo contaría. Tendido allí, Martin sabría qué aspecto tenía el otoño; como antes, cuando la enfermedad no lo había postrado en la cama. Ahora su único contacto con el otoño era el perro, con su olor a tierra húmeda y a hojas secas, su color de oro pajizo.

- ¿Dónde has estado hoy, Perro?

Pero Perro no tenía que contárselo. Martin lo sabía. Había trepado hasta lo alto de una colina, por un sendero tapizado de hojas secas, para ladrar desde allí su canino deleite. Había vagabundado por la ciudad pisando el barro formado por las intensas lluvias. Allí había estado Perro.

Y los lugares visitados por Perro podían ser visitados después por Martin; porque Perro se los revelaba siempre por el tacto, a través de la humedad, la sequedad o el encrespamiento de su piel. Y, tendido en la cama, con la mano apoyada sobre Perro, Martin conseguía que su mente reconstruyera cada uno de los paseos de Perro a través de los campos, a lo largo de la orilla del río, por los senderos bordeados de tumbas del cementerio, por el bosque... A través de su emisario, Martin podía ahora establecer contacto con el otoño.

La voz de su madre se acercaba, furiosa.

Martin empujó al perro.

- ¡Baja, Perro!

Perro desapareció debajo de la cama en el mismo instante en que se abría la puerta de la habitación y aparecía mamá, echando chispas por sus ojos azules. Llevaba una bandeja de ensalada y jugos de fruta.

- ¿Está Perro aquí? - preguntó.

Al oír pronunciar su nombre, Perro golpeó alegremente el suelo con la cola. Mamá dejó la bandeja sobre la mesilla de noche, con aire impaciente.

- Ese perro es una calamidad. Siempre está metiendo las narices por todas partes y cavando agujeros. Esta mañana ha estado en el jardín de la señorita Tarkins, y ha excavado uno enorme. La señorita Tarkins está furiosa.
- ¡Oh! - Martin contuvo la respiración.

Debajo de la cama no se produjo el menor movimiento. Perro sabía cuándo tenía que mantenerse quieto.

- Y no es la primera vez - dijo mamá -. ¡El de hoy es el tercer agujero que cava esta semana!
- Tal vez esté buscando algo.
- Lo que se está buscando es un disgusto. Es un chismoso incorregible. Siempre está metiendo las narices donde no le importa. ¡Dichosa curiosidad!

Hubo un peludo movimiento de cola debajo de la cama. Mamá no pudo evitar una sonrisa.



- Bueno – concluyó -, si no deja de cavar agujeros en los patios, tendré que atarlo y no dejarlo salir más.

Martin abrió la boca de par en par.

- ¡Oh, no, mamá! ¡No hagas eso! Si lo hicieras, yo no sabría... nada. Él me lo cuenta todo.

La voz de mamá se ablandó.

- ¿De veras, hijo mío?
- Desde luego. Sale por ahí y cuando regresa me cuenta todo lo que ocurre.
- Me alegro de que te lo cuente todo. Me alegro de que tengas a Perro.

Permanecieron unos instantes en silencio, pensando en lo que hubiera sido el año que acababa de transcurrir sin Perro. Dentro de dos meses, pensó Martin, podría abandonar el lecho, según decía el médico, y salir de nuevo a la calle.

- ¡Sal, Perro!

Murmurando palabras cariñosas, Martin ató la nota al collar del perro. Era un cartoncito cuadrado, con unas letras dibujadas en negro:

*Me llamo Perro. ¿Quiere hacerle una visita a mi dueño, que está enfermo? ¡Sígame!*

La cosa daba resultado. Perro paseaba aquel cartoncito por el mundo exterior, todos los días.

- ¿Lo dejarás salir, mamá?
- Sí, si se porta bien y no cava más agujeros.
- No lo hará más. ¿Verdad, Perro?

El perro ladró.

\*\*\*

El perro se alejó de la casa, en busca de visitantes. El día anterior había traído a la señora Holloway, de la Avenida Elm, con un libro de cuentos como regalo; el día antes Perro se había sentado sobre sus patas traseras delante del señor Jacob, el joyero, mirándolo fijamente. El señor Jacob, intrigado, se había inclinado a leer el mensaje y se había apresurado a hacerle una corta visita a Martin.

Ahora, Martin oyó al perro regresando a través de la humeante tarde, ladrando, corriendo, ladrando de nuevo...

Detrás del perro, unos pasos ligeros. Alguien tocó el timbre de la puerta suavemente. Mamá respondió a la llamada. Unas voces hablaron.

Perro corrió arriba, se encaramó al lecho de un salto. Martin se inclinó hacia delante, excitado, con los ojos brillantes, para ver quién subía a visitarlo esta vez. Quizás la señorita Palmborg o el señor Ellis o la señorita Jendriss o...

El visitante subía la escalera hablando con mamá. Era una voz femenina, juvenil, alegre.

Se abrió la puerta.

Martin tenía compañía.

\*\*\*

Transcurrieron cuatro días, durante los cuales Perro hizo su trabajo, informó de la temperatura ambiente, de la consistencia del suelo, de los colores de las hojas, de los niveles de la lluvia, y, lo más importante de todo, trajo visitantes.

A la señorita Haight, otra vez, el sábado. La señorita Haight era la joven sonriente y guapa con el brillante pelo castaño y el suave modo de andar. Vivía en la casa grande de la Calle Park. Era su tercera visita en un mes.

El domingo vino el reverendo Vollmar, el lunes la señorita Clark y el señor Henricks.

Y, a cada uno de ellos, Martin les explicó su perro. Cómo en primavera olía a flores silvestres y a tierra fresca; en verano tenía la piel caliente y el pelo tostado por el sol; en otoño, ahora, un tesoro de hojas doradas ocultas entre su pelaje, para que Martin pudiera explorarlo. Perro demostraba este proceso a los visitantes, tendiéndose boca arriba, esperando ser explorado.

Luego, una mañana, mamá le habló a Martin de la señorita Haight, la joven guapa y sonriente.

Estaba muerta.

Había fallecido en un accidente de automóvil en Glen Falls.

Martin estaba cogido a su perro, recordando a la señorita Haight, pensando en su modo de sonreír, pensando en sus brillantes ojos, en su maravilloso pelo castaño, en su delgado cuerpo, en su andar suave, en las bonitas historias que contaba acerca de las estaciones y de la gente.

Ahora está muerta. No sonreiría ni contaría historias nunca más. Porque estaba muerta.

- ¿Qué hacen en la tumba, mamá, debajo del suelo?
- Nada.
- ¿Quieres decir que se limitan a estar tendidos allí?
- A descansar allí -rectificó mamá.
- ¿A descansar allí...?
- Sí -dijo mamá-. Eso es lo que hacen.
- No parece que tenga que ser muy divertido.
- No creo que lo sea.
- ¿Por qué no se levantan y salen a dar un paseo de cuando en cuando si están cansados de estar allí?
- Bueno, ya has hablado bastante por hoy -dijo mamá.
- Sólo quería saberlo.
- Pues ahora ya lo sabes.
- A veces creo que Dios es tonto.
- ¡Martin!

Pero Martin estaba lanzado.

- ¿No crees que podría tratar mejor a la gente, y no obligarla a permanecer allí tendida, sin moverse? ¿No crees que podía encontrar un sistema mejor? Cuando yo le digo a Perro que se haga el muerto, lo hace durante un rato, pero cuando se cansa mueve la cola, y parpadea, y le dejo que se levante y salte a mi cama... Apuesto lo que quieras a que a esas personas que están en la tumba les gustaría poder hacer lo mismo, ¿verdad Perro?

Perro ladró.

- ¡Basta! -dijo mamá, en tono firme-. ¡No me gusta que hables de esas cosas!

\*\*\*

El otoño continuó. Perro corrió a través de los bosques, a lo largo de la orilla del río, por el cementerio, como era su costumbre, y arriba y abajo de la ciudad, sin olvidar nada.

A mediados de octubre, Perro empezó a obrar de un modo muy raro. Al parecer, no podía encontrar a nadie que viniera a visitar a Martin, nadie parecía prestar atención a su cartoncito. Pasó siete días seguidos sin traer a ningún visitante. Martin estaba profundamente desilusionado por ello.

Mamá se lo explicó.

- Todo el mundo está ocupado, hijo mío. La guerra, y todo eso... La gente tiene otras preocupaciones para andar leyendo los cartoncitos que un perro lleva colgados al cuello.
- Sí -dijo Martin-, debe de ser eso.

\*\*\*

Pero la cosa era algo más complicada. Perro tenía un extraño brillo en los ojos. Como si en realidad no buscara a nadie, o no le importara, o... algo. Algo que Martin no conseguía imaginar. Tal vez Perro estaba enfermo. Bueno, al diablo con los visitantes. Mientras tuviera a Perro, todo iba bien.

Y entonces, un día, Perro salió de casa y no regresó.

Martin esperó tranquilamente al principio. Luego... nerviosamente. Luego... ansiosamente.

A la hora de cenar oyó que papá y mamá llamaban a Perro. No ocurrió nada. Fue inútil. No hubo ningún sonido de patas a lo largo del sendero que conducía a la casa. Ningún ladrido desgarró el frío aire nocturno. Nada, Perro se había marchado. Perro no iba a regresar a casa... nunca.

Unas hojas cayeron más allá de la ventana. Martin hundió el rostro en la almohada, sintiendo un agudo dolor en el pecho.

El mundo estaba muerto. Ya no había otoño, porque no había ya ninguna piel que lo trajera a la casa. No habría invierno, porque no habría unas patas humedecidas de nieve. No habría más estaciones. No habría

más tiempo. El emisario se había perdido entre el tráfago de la civilización, probablemente aplastado por un automóvil, o envenenado, o robado, y no habría más tiempo.

Martin empezó a sollozar. No tendría ya más contacto con el mundo. El mundo estaba muerto.

\*\*\*

Martin se enteró de que había llegado la fiesta de Todos los Santos por los tumultos callejeros. Pasó los tres primeros días de noviembre tumbado en la cama, mirando al techo, contemplando en él las alternativas de luz y de oscuridad. Los días se habían hecho más cortos, más oscuros, lo sabía por la ventana. Los árboles estaban desnudos. El viento de otoño cambió su ritmo y su temperatura, pero sólo era un espectáculo en la parte exterior de su ventana, nada más.

Martin leía libros acerca de las estaciones y de la gente de aquel mundo que ahora no existía. Escuchaba todos los días, pero no oía los sonidos que deseaba oír.

Llegó el viernes por la noche. Sus padres iban a ir al teatro. La señorita Tarkins, la vecina de la casa contigua, se quedaría un rato hasta que Martin cayera dormido, y luego se marcharía a su casa.

Mamá y papá entraron a darle las buenas noches y salieron al encuentro del otoño. Martin oyó el sonido de sus pasos en la calle.

La señorita Tarkins se quedó un rato, y cuando Martin dijo que estaba cansado, apagó todas las luces y se marchó a su casa.

A continuación, silencio. Martin permaneció tendido en la cama, contemplando las estrellas que se movían lentamente a través del cielo. Era una noche clara, iluminada por la luz de la luna. Una noche para vagabundear con Perro a través de la ciudad, a través del dormido camposanto, a lo largo de la orilla del río, cazando fantasmales sueños infantiles.

Sólo el viento era amistoso. Las estrellas no ladraban. Los árboles no se sentaban sobre sus patas traseras con expresión suplicante. Sólo el viento agitaba su cola contra la casa de cuando en cuando.

Eran más de las nueve.

Si Perro regresara ahora a casa, trayendo con él algo del mundo exterior... Un cardo, empapado en escarcha, o el viento en sus orejas. Si Perro regresara...

Y entonces, en alguna parte, se produjo un sonido.

Martin se incorporó en la cama, temblando. La luz de las estrellas se reflejó en sus pequeños ojos. Tendió el oído, escuchando.

El sonido se repitió.

Era tan leve como una punta de aguja moviéndose a través del aire a millas y millas de distancia.

Era el fantástico eco de un perro... ladrando.

Era el sonido de un perro acercándose a través de campos y arroyos, el sonido de un perro corriendo, lanzando su aliento al rostro de la noche. El sonido de un perro dando vueltas y corriendo. Se acercaba y se alejaba, crecía y disminuía, avanzaba y retrocedía, como si alguien lo llevara cogido de una cadena. Como si el perro estuviera corriendo y alguien le silbara desde atrás y el perro retrocediera, dando la vuelta, y echara a correr de nuevo hacia la casa.

Martin sintió que la habitación giraba a su alrededor, y la cama tembló con su cuerpo. Los muelles se quejaron con sus vocécitas metálicas.

El débil ladrido siguió avanzando, creciendo más y más.

¡Perro, ven a casa! ¡Perro, ven a casa! ¡Perro, muchacho, oh, Perro! ¿Dónde has estado? ¡Oh, Perro, Perro!

Otros cinco minutos. Cada vez más cerca, y Martin pronunciando el nombre del perro una y otra vez. Perro malo, perro malvado, marcharse de casa y dejarlo solo tantos días... Perro malo, perro bueno, ven a casa, oh, Perro, ven a casa y cuéntamelo todo... Las lágrimas cayeron y se disolvieron sobre el edredón.

Más cerca ahora. Muy cerca. En la misma calle, ladrando. ¡Perro!

Martin oyó su respiración. El sonido de las patas del perro en el montón de hojas secas, en el sendero que conducía a la casa. Y ahora... junto a la misma casa, ladrando, ladrando, ladrando. ¡Perro!

Ladrando junto a la puerta.

Martin se estremeció. ¿Bajaría a abrir al perro, o debía esperar a que papá y mamá regresaran a casa? Esperar. Sí, tenía que esperar. Pero sería insoportable si, mientras esperaba, el perro volvía a marcharse. No, bajaría a abrir, y su querido perro saltaría a sus brazos otra vez. ¡Perro!

Había empezado a escurrirse de la cama cuando oyó el otro sonido. La puerta que se abría. Alguien había sido lo bastante amable como para abrirle la puerta a Perro.

Perro había traído un visitante, desde luego. El señor Buchanan, o el señor Jacobs, o quizás la señorita Tarkins.

La puerta se abrió y se cerró y Perro corrió escaleras arriba, entró en la habitación y se encaramó al lecho de un salto.

- ¡Perro! ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho toda esta semana?

Martin reía y lloraba al mismo tiempo. Se abrazó al perro. Y entonces dejó de reír y de llorar, repentinamente. Se quedó mirando a Perro con ojos asombrados.

El olor que había traído Perro era... distinto.

Era un olor a tierra. A tierra muerta. A tierra que olía a putrefacción, a tumba. De las patas de Perro se desprendieron pegotes de tierra putrefacta. Y... algo más. Un pequeño trozo blanquecino de... ¿piel?

¿Lo era? ¡Lo era! ¡LO ERA!

¿Qué clase de mensaje le traía Perro? ¿Qué significaba aquel mensaje? La tierra era... la espantosa tierra del cementerio.

Perro era un perro malo. Siempre cavando donde no debía.

Perro era un perro bueno. Siempre haciendo amigos con la misma facilidad. Perro era un perro bueno. Todo el mundo simpatizaba con él. Y Perro traía a la gente a casa.

Y ahora, el último visitante estaba subiendo la escalera:

Lentamente. Arrastrando un pie detrás del otro, penosamente, lentamente, lentamente, lentamente.

- ¡Perro, Perro! ¿Dónde has estado? -gritó Martin.

Un pegote de tierra húmeda se desprendió del pecho del perro.

La puerta de la habitación se abrió.

Martin tenía compañía.